



PRIMERA PARTE

DE SEGISMUNDO Y ARDENIA.

DASE CUENTA DE LOS VARIOS SUCESOS que les acaecieron.

CRujan los ejes celestes,
 que y la superior esfera,
 que puebla el délfido manto,
 de diamantinas estrellas,
 cuya bordadura hermosa
 inunda toda la tierra
 de resplandores y luces,
 dando á Flora y á Amaleta,
 aliento porque con flores
 vistosos pénsiles tejan,
 y egércitos numerosos,
 para que así contrapuestas

las estrellas y las flores,
 en militares contiendas
 duden todos los vivientes,
 si equivocada la esfera
 producen rayos las flores,
 ó fragancia las estrellas.
 Pero en la ocasion presente
 vístase de nubes densas,
 arrastre negros capuces,
 y despoblada la tierra
 de sus hermosos verdores,
 abriendo funestas grietas,

aborte de sus entrañas
las mas inauditas fieras,
al escuchar de mi voz
la mas enorme tragedia,
la crueldad mas horrorosa
que se escribe ni se cuenta,
de mas inhumano pecho,
de la mas ingrata fiera,
del monstruo de la crueldad,
con quien no hacen competencia
ni Nerón ni Diocleciano,
ni todos los que voca
con trompas roncadas la fama
de crueldades y tragedias;
pues todos son una sombra
con lo que dirá mi lengua,
si és que para proseguir
un rato atencion me prestan,
y me concede su gracia
la divina Omnipotencia.
Digo pues que en la **Moscovia**
nació un Príncipe, que era
solo y único heredero
de su corona suprema.
Desde su primera edad
de sus crueldades da muestras;
aunque su padre prudente
con magestad lo refrena;
pero llegando á la edad
de las juveniles fuerzas,
corria precipitado
de los vicios por la senda,
siendo crueldad y rigor
quien dirige sus potencias.
Pero el Rey su padre entonces,
por ver si así lo refrena,
trató en fin de darle estado
con una hermosa Princesa,
que es virtud el matrimonio,
que ingratos vicios refrena.

Dispusiéronse las bodas
con regocijos y fiestas,
y ya con el nuevo estado
de su quietud daba muestras;
mas su corazon cruel
siempre en su pecho reserva.
En este tiempo su padre
pagó el tributo que heredan
todos los hijos de Adán,
pasando á mejor esfera.
Quedó Rugero reynando,
que aqueste su nombre era,
y en la Princesa su esposa,
coronada ya por Reyna,
tuvo una lucida Infanta,
desgraciada como bella,
pues de su parto infeliz
murió su madre la Reyna.
Sintió este pesar Rugero,
y lo guardó de manera,
que aunque de distintos reynos,
le ofrecian las Princesas,
no quiso tomar estado:
solo su consuelo era
el mirar su hermosa hija,
el ver su hermosa Princesa,
cuya extremada hermosura
admira, pasma y eleva.
Llegó á edad de quince años,
nuestra bellísima Ardenia;
y el Rey su padre dispuso
para su dia unas fiestas
de sortijas y torneos,
viniéndose á hallar en ellas
de patricios y extrangeros
mucha copia, de manera,
que este dia la **Moscovia**
confusa belleza ostenta.
Es el Rey mantenedor,
y la hermosísima Ardenia

un corredor ocupaba,
ó balcon todo de estrellas,
tachonado y esmaltado
de oro y finísimas piedras:
con la copia de sus damas,
de Cupido dulces flechas.
El Rey entró por la plaza
sobre un caballo, que era
bello Pegaso de nieve,
con jaez de fina tela,
bordado de pedrería,
y de finísimas perlas.
Lleva el freno y herraduras
del metal que Arabia engendra:
á lo francés va vestido,
y en el brazo izquierdo lleva
una adarga con las armas
de Moscovia la opulenta;
y mas abaxo pintada
lleva una encendida hoguera,
que procede de cenizas,
diciendo el mote ó la letra,
con el nombre equivocado
arde en cenizas la hoguera.
Dió un paseo por la plaza
con magestad y grandeza:
siguen los aventureros,
y empezada la carrera,
oyeron de la otra parte
otros ecos de trompetas.
Entró en la plaza un mancebo
de notable gentileza,
sobre una vistosa pia,
tan arrogante y tan bella,
que era el hechizo de toda
la moscovita nobleza.
Iba á lo úngaro vestido,
todo bordado de perlas,
una adarga diamantina,
y llevaba por empresa

la diosa de la fortuna,
y un Jóven con gentileza
en su regazo dormido,
y dice luego la letra:
hijo soy de la fortuna,
y es bien que descanse en ella.
Pidió licencia, y entró
con los demas en la tela,
siendo el obgeto de todas
las Damas y la Princesa.
Cinco premios se llevó,
y acabada la carrera,
se llegó con su caballo
al balcon de la Princesa,
y con grande cortesía
los cinco premios presenta.
Ardenia los recibió,
mas le volvió en recompensa
su corazon abrasado,
y herido con las saetas
del rapaz ciego Cupido,
que á tantos tiene en cadenas.
Pero la rabiosa envidia
de los naturales era
mina ó bolcan, que con leve
resquicio luego rebienta.
En fin con poco motivo
romper el seguro intentan,
y el forastero se excusa
con palabras muy modestas;
mas viendo que ya parece
cobardía, con soberbia
echando mano á la espada,
acometió de manera,
que era un rayo desatado
de la fulminante esfera.
El Rey, que á este tiempo habia
desocupado la tela,
volvió á salir á la plaza,
con que bastó su presencia.

Informóle del suceso,
y luego mandó prendieran
los que habian quebrantado
de su seguro la fuerza,
llevándose al forastero
á palacio, donde á Ardenia
con su vista creció el fuego
que en su corazon alienta;
pero su mucho recato,
que en el bello sexô es deuda,
precision en lo mas noble,
y con mayor excelencia
resaltar debe el esmalte
entre las personas regias,
la contiene, la acobarda,
la tiene muda y suspensa.
Mas no tanto, que observando
Segismundo con prudencia
alguna accion de los ojos
de la bellissima Ardenia,
no esforzase su esperanza
con las amantes ideas
de ser posible alcanzar
por arte y con diligencia,
que á su viva persuasion
se rindiese aquella fuerza.
Pero debió á su cordura
que descuido pareciera
el disimulo con que
se manejó su prudencia.
El Rey dixo al forastero:
de qué patria ó de qué tierra
eres, dime, ó qué fortuna
te ha traído á aquesta tierra?
El, cortés y agradecido,
le dice de esta manera:
es mi nombre Segismundo,
nací en Ungría la bella,
soy segundo de mi casa,

que es de notoria nobleza,
y por precisos motivos
dexar á Ungría fue fuerza,
y seguir del fuerte Marte
las militares banderas.
Teniendo, Señor, noticia
de aquestas célebres fiestas,
de curiosidad movido,
me he venido á hallar en ellas;
perdóname, si he ofendido
tu magestad y grandeza.
Ofenderme? por qué causa?
antes decirte quisiera
que en Moscovia te quedases
á expensas de mi grandeza,
y pide lo que quisieres,
que tu urbanidad me empeña.
Hincó al punto la rodilla,
y dixo: Señor, pues sea,
que concedais el perdon
á los que presos se encuentran.
El Rey le dixo: esa accion
acredita la nobleza.
Digo que yo los perdono,
y que descansar es fuerza.
Quedóse en fin en palacio,
cumpliendo con tal prudencia,
con tal acierto y cordura,
en todas las dependencias,
que era el archivo del Rey,
y Atlante de su grandeza,
su Consejero mayor,
amado de la Nobleza,
respetado de la plebe
y temido de la tierra.
A donde lo dexaremos
en esta parte primera,
ofreciendo la segunda
de esta historia verdadera.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18.



SEGUNDA PARTE DEL FIN DESGRACIADO DE SEGISMUNDO Y ARDENIA.

Dexé en la primera parte
con magestad y grandeza
al heroyco Segismundo
en su privanza, que era
en la Moscovia estimado
por su virtud y prudencia.
Dexémosle en el gobierno,
y vamos á la Princesa,
que abrasada en vivas llamas,
de esta manera se queixa:
qué es esto, desdicha mia,
qué es esto que me atormenta?
No soy Ardenia? no soy
de la Moscovia heredera?
No aspiran á mi hermosura,
á mi corona y grandeza,
tanto Príncipe de Europa,
sin que ninguno merezca
en mi pecho ó mi memoria
un átomo de fineza?
qué es fineza? ni aun agrado,
ni cosa que menos sea.
Pues como un advenedizo,
de lejas y extrañas tierras,
ha rendido de mi pecho
la incontrastable soberbia?
Mas ay de mí! su valor,
su discrecion, su agudeza,
su persona, compostura,
brio, talle y gentileza,
asaltando el corazon,
no fue mucho se rindiera
á tan valientes soldados,
quando por caudillo llevan

al amor. Pero qué digo!
vuelva la voz, vuelva, vuelva
á las cárceles del pecho,
y aprisionada en cadenas,
muera en perpétuo silencio:
y para que mejor pueda
vengarme de este tirano,
ciego dios que me atormenta,
yo misma he de dar remedio
á tan tirana potencia.

Con esta resolucion,
con notable ligereza
al quarto del Rey su padre
partió, postrándose en tierra.
El padre la recibió,
y dice: querida Ardenia,
parece que tu semblante
de algun pesar me da muestras.
Ella responde: señor,
lo que mi pesar alienta,
es ver que todo tu reyno
te murmura, de que pueda
en tí tanto la pasion,
que á un extrangero le entregas
lo mejor de tu privanza;
de que quejosos se muestran
los Príncipes y Señores,
Atlantes de tu grandeza.
El Rey, dixo: no prosigas;
y porque tu enojo veas
que procede, por faltarte
noticia de quién él sea,
desde hoy quiero que te asista,
y así hablará la experiencia.

Despidióla, y al instante
á Segismundo le ordena,
que mayordomo y criado
vaya á ser de la Princesa.
Obedeció Segismundo,
y fue á verse con Ardenia,
diciendo: Señora mia,
el Rey vuestro padre ordena,
para mayor dicha mia,
que yo asista á vuestra Alteza.
Ardenia quedó turbada
sin poder darle respuesta,
batallando á un mismo tiempo
el amor y la vergüenza.
Mas como siempre el amor
imposibles atropella,
del castillo del recato
rompió las cerradas puertas,
pues dentro de pocos dias
llegó á declararse Ardenia,
y Segismundo tambien,
creyendo de esta manera,
recíprocamente unidos,
que eran sus pechos dos etnas.
Por mitigar tanto ardor,
entre los dos se conciertan
el casarse de secreto,
y de esta suerte lo ordenan.
Dispusieron una caza,
y que se perdiera en ella
Ardenia, y con Segismundo
se juntase, dando cuenta
á un leal criado suyo,
para que él lo dispusiera.
Perdióse en fin, y el criado
la llevó con gran presteza
donde la espera su amante;
y así que con él la dexa,
á una aldea alli vecina
fue, y al Cura le amonesta,

que viniese á socorrer
(porque un alma no se pierda)
á un Caballero, que allí
dexó herido en la floresta.
Dióle en fin unos escudos,
y partió con ligereza
donde estaba Segismundo,
fingiendo sobre la tierra
el que estaba mal herido,
y con lágrimas Ardenia.
Así que llegó, le dice:
Padre mio, yo quisiera,
porque á esa Dama le debo
obligacion verdadera,
viendo mi último trance,
el desposarme con ella.
Eso me parece bien,
dixo, y al punto les echa
la bendicion, y casólos.
Entonces le dixo Ardenia:
tomad, Padre, esos doblones,
y volvereis á la aldea
á traer gente, y llevar
á mi esposo, por si espera
tener remedio su vida.
Con notable diligencia
se partió el bueno del Cura,
y ellos al punto se ausentan.
Se volvieron á Moscovia,
gozosos de tal empresa;
pero la cruel fortuna
en breve se les revela:
y fue el caso que á Moscovia,
con sus cartas de creencia,
llegaron Embaxadores
de Prusia, que á la Princesa
la pedian por esposa
del Príncipe de su tierra;
y de aquesta pretension
á la Princesa dió cuenta

el Rey su padre, y turbada,
deshecha en lágrimas tiernas,
á su padre le responde,
que no ha de dexar su tierra,
pues saliendo de Moscovia,
seria su muerte cierta.
Pero en aquesta ocasion
suspendió esta diligencia,
porque al Rey vino noticia
de como se le rebela
con unos fieros tumultos
una ciudad, y fue fuerza
el ir el Rey en persona,
y mientras que daba vuelta,
nombró por Gobernador
á Segismundo, y apenas
el Rey salió de la corte,
viendo su desdicha cierta,
dispusieron que la fuga
fuese el remedio á su pena.
Recogieron muchas joyas
de oro y plata, y dando cuenta
tan solamente á Violante,
que era ama de la Princesa,
al fiel criado, y tambien
á una principal doncella,
se aperciben á la fuga,
lográndola de manera,
que á la gran ciudad de Praga
llegaron con ligereza,
donde estos tiernos amantes
se echan á los pies del César.
El César les prometió
el ampararlos, y hospeda
conforme á su calidad,
con magnífica grandeza.
Pero vamos á Moscovia,
que así que el Rey dió la vuelta,
sosegados los tumultos,
y oyó la infelice nueva,

no hay tigre, no hay leon fiero,
que se iguale á su fiereza.
Echa rayos por los ojos,
brotando ardientes centellas:
y aunque el César procuró
sosegar llama tan fiera,
con otros Príncipes grandes,
no valió su diligencia,
en espacio de ocho años,
en los cuales la Princesa
tuvo dos bellos Infantes,
retratos de su belleza.
De todo tiene noticia
el Rey, y mas se desvela
aquel cruel corazon
á su venganza sangrienta.
Maquinó una alevosía,
la mas enorme y soberbia,
y fue fingir que sentia
la ausencia de la Princesa,
y de sus queridos nietos,
vertiendo lágrimas tiernas.
Mas ó fiero cocodrilo,
quién tus lágrimas creyera!
Con este mentido engaño,
volviendo á escribir el César,
y los Príncipes amigos,
les permitió que volvieran,
y para mas disimulo,
envió muchas preseas
de joyas y de dineros,
mandando en todas sus tierras
los reciban con aplausos,
con regocijos y fiestas.
Llegan en fin á Moscovia,
y á recibirlos se apresta,
abrazando á Segismundo,
á sus nietos y Princesa,
hizo muchos regocijos
toda la Corte y Nobleza.

Y pasados pocos dias,
le mandó á decir á Ardenia,
que le enviase los niños,
para que lo divirtieran.
Llevólos en fin el ama,
con el criado y doncella,
los cómplices en la fuga:
y llegando á su presencia,
aquel sangriento leon
previno con ira fiera
unos crueles verdugos,
y sin tener resistencia,
cogió los tiernos infantiles,
y con sus manos sangrientas
les dió muchas puñaladas,
sin atender á las quejas
de aquellos ángeles bellos,
que dicen con voces tiernas,
y con doloroso llanto:
abuelo mio, clemencia!
por qué nos matas, por qué?
qué te hizo nuestra inocencia?
Pero él mas que fiera horrible,
de sus heridas sangrientas
bebe la inocente sangre,
diciendo: esta me refresca
los ardores de la ira,
que mi pecho cruel engendra.
Entre tanto los verdugos
al ama y á la doncella,
y al criado dan garrote:
Jesus: qué cruel sentencia!
Puso los cinco difuntos
en una sala: y ordena,
que llamen á Segismundo,
que ignora traicion tan fiera.
Por la senda de la muerte
llegó con planta ligera;
pero entrando por la sala,
y mirando tal tragedia,

á eclipse toca su vista,
y el corazon titubea.
Al instante lo agarraron,
porque no se resistiera,
y el Rey con sus propias manos
le dió la muerte violenta.
A Ardenia mandó llamar,
y llegando á su presencia,
duda lo mismo que mira,
teme lo mismo que observa.
Allí ve á su esposo muerto,
allí á sus hijos lamenta:
no sabe cuál es mayor,
una pena ú otra pena;
no puede hablar ni llorar,
que embargadas las potencias,
impide el llanto á los ojos,
la voz impide á la lengua.
Hablóle el Rey cariñoso,
y dixo: querida Ardenia,
sola tú quiero que reynes,
que eres de mi sangre mesma.
Oyendo aquestas razones,
se enfureció tanto Ardenia,
que con el mismo puñal
que tiene en la cinta, fiera
le dice: padre traydor,
así pagarás mi ofensa.
Y con presteza no vista
le dió una herida funesta,
que el cuerpo quedó sin alma;
y atrevida ya y resuelta,
mirando á su esposo, dice:
pues Segismundo se ostenta
en mejor imperio, es bien
el que con él muera Ardenia.
Y en el cristal de su pecho
á la muerte le abrió puerta,
para que en el mundo sirva
de escarmiento y advertencia.